

Don Carlos se acercó.

—Dadme vuestra mano; voy á tan largo viaje..... que quiero..... despedirme..... de vos.....

Don Carlos tendió su mano al enfermo, que se la estrechó con efusion.

—Don Carlos..... mucho os debo..... me habeis recibido..... en vuestra casa como un hermano..... os he enseñado cuanto sabia..... yo no era malo..... salí de la Inquisicion..... porque un dia me echaron de allí y no supe mas..... no hice mal uso de mi ciencia nunca..... quizá de lo único que me acusa mi corazon, es de lo que hicimos á Luisa..... pero..... á estas horas..... la tinta debe haber caido, y Luisa estará como antes..... ¡Ojalá que me perdone lo que la hicimos padecer!..... Dios sabe cuánto me arrepiento..... Adios.

El anciano calló: Don Carlos llorando le miraba sin contestarle.

Poco á poco Arellano vió dibujarse la muerte en aquellas facciones; cesó la agitacion del pecho, los ojos de Abalabide se cubrieron de un velo opaco; su boca quedó entreabierta y sin movimiento.

El anciano habia espirado.

Don Carlos contempló largo rato aquel cadáver; despues le cerró los ojos con religioso respeto, y salió del aposento en el instante en que sonaban en el zaguan dos fuertes aldabazos.

Poco despues Don Pedro de Mejía llegaba al lado de Don Carlos.

Don Pedro tenia el rostro pálido y descompuesto, y sin saludar á Don Carlos y casi de una manera brusca, le preguntó:

—Don José Abalabide ¿vive aún aquí?

## X.

De lo que pasaba en la casa de Don Carlos de Arellano en la noche de la boda de Don Pedro de Mejía.

EN un aposento estrecho y poco alumbrado por un pequeño candel, un hombre se agitaba sobre una pobre cama, en los últimos esfuerzos que preceden á la muerte.

Era un anciano extraordinariamente flaco, sus ojos tenian el brillo de la lámpara que se extingue, su respiracion era débil aunque tranquila, y sus manos huesosas saliendo de debajo de las ropas de su cama, recorrían como buscando sobre las sábanas alguna cosa que quizá el moribundo mismo no sabia qué era.

Cerca del lecho, un hombre ya de bastante edad le contemplaba lleno de interés y de cariño.

Nada interrumpia allí el silencio, y algunas veces podia percibirse el estortor que acometia al enfermo.

Aquel moribundo era Don José de Abalabide, y el hombre que estaba en su cabecera Don Carlos de Arellano.

—Don Carlos—dijo débilmente el anciano.

—Aquí estoy—contestó Don Carlos.

—Acercaos, porque creo que me muero.....

—Encomendadle á Dios, en este momento acaba de espirar—contestó tristemente Arellano.

—¡Maldicion!—exclamó Don Pedro furioso;—todo me sale mal en esta noche.

Y sin esperar mas, se embozó violentamente en su capa, y como un loco salió de la casa.....

Don Alonso de Rivera sentado en un sitial en la casa de Mejía, esperaba con impaciencia la vuelta de éste, que habia ido en busca de Don José de Abalabide.

Rivera tenia la persuasion de que llegando el anciano, saldrian inmediatamente de la duda; podia tener un remedio para descubrir si el color de la negra que se queria presentar como la esposa de Don Pedro, era natural ó efecto de algun arte. Este le parecia el medio mas sencillo para romper aquel nudo que venia á ligar la vida de Don Pedro, impidiéndole contraer matrimonio con Doña Catalina.

Oyó por fin pasos, la puerta se abrió con violencia y Don Pedro entró mas sombrío que antes.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Don Alonso—¿qué es de Don José?

—La maldicion del cielo está sobre nosotros; en este momento acaba de espirar Don José de Abalabide.

Rivera inclinó la cabeza y quedó silencioso.

—Don Alonso—dijo Mejía—la madre de Estela está presa; ella habia despedido á sus criados, quizá esté sola, quizá no haya quien la acompañe: me ha despedido vergonzosamente; pero aun la amo: id, procurad calmarla, haré por ella cuanto quiera; id, por vuestra vida os lo suplico.

—Iré—contestó Rivera, y salió calándose su sombrero y alzando el embozo de su capa.

Don Pedro se asomó al balcon para ver las ventanas de

la casa de Doña Catalina; pero la casa estaba oscura y triste.

Don Alonso de Rivera habia atravesado la calle y llegaba á la casa de Catalina.

Sin ceremonia empujó el zaguán; estaba abierto, y el portero salia á ver quién llegaba á esa hora.

Don Alonso sin hablar se dirigió á la escalera, que estaba sin luz.

—Caballero, caballero—dijo el portero.

—¿Qué se ofrece?—contestó deteniéndose Don Alonso.

—¿Busca á alguien su señoría?

—¿No me conoces?

—Por lo mismo pregunto á su señoría.

—Busco á la señora.

—No hay nadie arriba.

—¿Cómo! ¿no hay nadie?

—No, señor.

—¿Pues y la señora?

—Hace ya rato que salió.

—¿Salió?

—Sí, señor.

—¿Sola?

—Con un caballero embozado, á quien no conozco.

—¿Dijo si volvía?

—Cerró todas las puertas y se llevó las llaves.

—¿Pero quién era ese caballero?

—No le conocí; tenia alzado el embozo, y lo único que pude advertir, fué que traia espada.

—Es extraño—pensó Don Alonso; no me figuro quién pueda ser. ¿Y qué rumbo tomaron?

—No ví.

Don Alonso quedó pensativo y sin moverse; su cabeza

se perdía en un laberinto de conjeturas á cual mas absurdas.

Sacudió la cabeza, y luego sin hablar mas, salió á la calle y se volvió á la casa de Don Pedro.

Mejía estaba aún en el balcon, y al ver el bulto que dirigiéndose á su casa se desprendía de la de Doña Catalina, tuvo la ilusion de que aquella mujer le enviaba á llamar y que una tierna reconciliacion iba á compensar todas las penas de aquella noche. Don Alonso habria convencido á la jóven, le habria manifestado la inocencia de su amigo, y ella, sola y abandonada, comprendiendo su situacion, se habria dulcificado.

Halagado con estas ideas y esperando una noticia feliz, Don Pedro corrió al encuentro de Don Alonso, que llegaba en aquel momento.

—Todo está arreglado, ¿es verdad?—le dijo. Estela consiente en verme, en recibirme; ¿no es cierto? Decid, Don Alonso; ¿por qué callais?

—Don Pedro, tened valor—contestó Don Alonso.

—¿Qué, insiste en no verme? ¿nada habeis conseguido?

—Peor que eso, Don Pedro, peor que eso.

—¿Pues qué hay? ¿qué hay? Sacadme de esta ansiedad que me mata.

—Don Pedro, esa mujer ha huido.

—¿Ha huido? ¿ha huido? Dios mio, ¿estoy maldito?

—Valor, Don Pedro, valor.

—¿Valor? ¿valor es acaso lo que me falta? ¡Ah, ingrata! ¡Ha huido cuando yo la amaba tanto! ¡Esa mujer me engañaba, Don Alonso! Es como todas, como todas, infame, infame,.....

Y como un loco, Don Pedro se puso á pasear de arriba á abajo en el salon, pronunciando palabras entrecortadas: Don

Alonso le miraba con lástima. De repente se detuvo Mejía y le dirigió la palabra.

—¿Y no pensais —le dijo—que esa pobre niña, quizá por su abandono, por su situacion, se ha desesperado y ha tenido que irse al lado de algunos parientes ó conocidos suyos, que la encontraremos?

—No abrigueis esperanzas, Don Pedro; triste pero necesario me es decíroslo: ningun pariente, ningun conocido tenia mas que yo; esa mujer ha huido para siempre.

—¡Oh, eso es imposible! imposible; ella, tan buena, tan humilde, tan virtuosa, dar semejante paso! No, vos la calumniáis, y por mi fe que no lo merece.

—Don Pedro, yo conozco que esto debe ser para vos incomprendible, como lo es para mí; pero ¿quién puede gloriarse de conocer el alma de una mujer? Don Pedro, quizá nos ha engañado; y puesto que nada os liga con ella, olvidadla, aun podeis ser feliz.

—¿Olvidarla, ser feliz? ¿Y lo creéis vos, Don Alonso? Si ante el mundo no tengo vínculo ninguno con esa mujer, le tengo en mi corazon; la amo, la amo, y soy muy desgraciado!

Don Pedro en un arranque de pasion se cubrió el rostro con las manos y se puso casi á sollozar.

A pesar de la frialdad de su corazon, Don Alonso sintió remordimientos de lo que habia hecho, de la parte que tenia en todo aquello, y comenzaba á arrepentirse.

Pero declarárselo todo á Mejía era perderse con él y exponerse á la venganza de Catalina, que tenia en su poder como una arma poderosa el contrato que habian firmado.

—Don Pedro—dijo Don Alonso—me ocurre otra cosa. Mejía se quedó mirándole.

—Que quizá Don Cárlos de Arellano—continuó Don Alonso—que vivió tanto tiempo con Abalabide, conozca al-

gunos de sus secretos y pueda decirnos lo que no es posible preguntar á aquel.

—Teneis razon.

—Mañana mismo me encargo de verle y le haré venir.

—Mucho os lo agradecería.

—Don Pedro, ¿teneis confianza en mí? Yo encontraré á Estela, puesto que tal empeño teneis. Yo haré venir á Don Carlos, y espero que mis sospechas saldrán ciertas, y yo, en fin, disiparé esa tempestad que ruge sobre vuestra cabeza.

Mejía escuchaba con placer; eran las primeras palabras de esperanza que oía en aquella noche, era el primer consuelo en su inmenso dolor; y luego Don Alonso le hablaba con tanta seguridad, con tanta fé, que Don Pedro no pudo menos de sentirse impresionado.

—Es muy noche—continuó Rivera—estais muy fatigado; retiraos á vuestra cámara y procurad reconciliar el sueño: mañana el sol os hará ver menos negra vuestra fortuna, y mañana vereis cuánto avanzo en mis trabajos: os prometó romper esa red que nos ha envuelto: id á descansar.

—Teneis razon—contestó Mejía;—lo que necesita mi cuerpo y mi espíritu es el descanso: me retiro; buenas noches.

—Dios os consuele.

Don Alonso salió de la casa de Don Pedro; éste se dirigió á su cámara, pero allí le esperaba otro nuevo disgusto.

El soberbio lecho nupcial estaba preparado para recibir á Doña Catalina, y Don Pedro pensó en esto y le contempló con tristeza.

El lecho estaba envuelto en soberbias colgaduras de damasco, y Mejía se acercó á él y las levantó; pero casi al mismo tiempo dió un grito, retrocediendo horrorizado.

Sobre los blancos almohadones y entre blondas y bordados, se dibujaba la fea cabeza de la negra que el arzobispo habia traído. Dormía profundamente y se habia acostado como en su cama.

En vano Don Pedro quiso saber quién la habia llevado allí, nadie pudo darle razon; y él disgustado, fué á pasar la noche á otro aposento.

En aquellos momentos, Lázaro el pobre, como le llamaban los lacayos, decia, procurando dormirse:

—No se ha perdido el tiempo; pobre de tí, Mejía, pobre de tí!